

bida, recobrados al fin la razón y el aplomo, exclamó con violencia :

— ¡ Es el entuertador ! Gracias al diablo nos encontramos de nuevo... Pues á vernos otra vez las caras, hidalguete.

Cruzáronse las espadas, y tal furor mostraron desde el comienzo ambos duelistas, que parecía imposible evitar la muerte de uno de ellos.

Victima inmolada entre dos sentimientos opuestos, Solange, solicitada de una parte por el horror y de otra por su pasión inmensa que hacía olvidar la terrible y reciente confesión de Rolando, retorciase las manos desesperada, y era tal su angustia, que llegó en su amorosa ceguera hasta formular, dirigiéndola al cielo, una impía plegaria.

Precipitábase entre tanto el duelo silencioso. Hubo un momento en que creyendo amenazada la frente del duque por el acero de su adversario, Solange se lanzó del lecho interponiéndose entre los dos adversarios. Era el instante preciso en que haciendo un esfuerzo desesperado, tiraba el miñón del rey un golpe recto. Rápida como una bala, la punta de la espada penetró en el pecho de la joven, quien tuvo aún energía para sonreír á su verdugo y para gritar á Sed de Amor : « Piedad para él. » Una ola de sangre negra subió hasta sus labios, abriéronse en cruz los brazos, y la infortunada se desplomó sobre el tapiz.

Estaba muerta.

De este modo quedaba realizada la primera parte de la predicción de la hechicera.

## II

## • PENOSA INCERTIDUMBRE

El lector se preguntará sin duda cómo Sed de Amor pudo encontrarse tan oportunamente junto al lecho de Solange, y por cuál sitio misterioso había llegado á penetrar en la habitación que custodiaban por un lado los dos comensales de que hablamos en el capítulo anterior, y por otro la joven Juanola en compañía de Fiamma. Digamos pues, para satisfacer su natural curiosidad, que apenas llegado al Priorato, el gran marqués, temeroso de una posible inconveniencia de parte de *Diógenes*, hizo encerrar al inteligente perro y á los dos caballos en un lavadero, y luego de dictar algunas órdenes á Faraubras, explicó minuciosamente á su joven amigo el papel que le destinaba en la tragico-media próxima á desarrollarse. Como resultado de estas conferencias, apenas Faraubras supo por su hija que Solange dormía, hizo pasar á Sed de Amor por una puerta de escape que comunicaba directamente con el



cuarto de la joven, cuarto que, en otros tiempos, hubo de servir de residencia al subprior de los monjes fundadores del Priorato de la isla del Cuenco.

Dicho esto, á modo de explicación, volvamos al drama de que era teatro la habitación que ya hemos descrito á nuestros lectores.

El odioso asesinato que, sin quererlo, acababa de cometer, tuvo la virtud de desembrigar por completo á Rolando. La muerte de Solange reducía en efecto á la nada todas sus esperanzas de honor y de fortuna. Comprendiéndolo así, y aprovechándose de la dolorosa emoción de sus dos enemigos en presencia de la irreparable desgracia, el duque Rolando, ó Neré Mansour, mejor dicho, se apresuró á escapar por la misma puerta por la que entrara pocos momentos antes, sin pensar siquiera en desembarazarse de aquellos dos hombres á quienes el dolor parecía hacer olvidar el peligro á que se hallaban expuestos.

Lejos, en efecto, de pensar en defenderse, Sed de Amor habíase arrodillado junto al cuerpo exánime de la joven á quien había jurado consagrar toda su existencia. Esperando aún sentir sus latidos, puso una mano en el corazón que la muerte acababa de paralizar, resistiéndose obstinado á creer en que el trágico desenlace de la rápida escena era un hecho consumado. Sin embargo, cuando hubo adquirido la triste convicción de que aquellos labios virginales no habían de contestar nunca más á su fervoroso llamamiento, de que la vida habíase escapado por la herida abierta en el casto seno, de que Solange en fin no era más que

un cadáver, de que ya no le sería posible oírle hablar nunca, nunca, ni ver su rostro animado por una sonrisa, su desesperación estalló de pronto con caracteres alarmantes.

Ajeno en absoluto á cuanto le rodeaba, olvidado de la presencia allí del padre de la infortunada joven, Bernardo se arrastró por el suelo y estrechó entre sus brazos el cuerpo inerte de la sin ventura, lanzando á ratos agudos gritos mezclados con sollozos, y murmurando otras palabras incomprensibles en aquellos oídos que acababan de cerrarse á toda voz de la tierra.

El espectáculo de aquella desesperación era por todo extremo angustioso.

La hermosa cabeza de la pobre muerta iba y venía entre las manos del desgraciado caballero, quien víctima de la demencia trataba de imitar la helada sonrisa de la difunta como si quisiera confundirse en la muerte con la mu er amada.

Al contrario del de Bernardo, el dolor del padre era silencioso, tranquilo, digno. Era tanto lo que aquel hombre había sufrido, que una pena más apenas si ejercía en su alma atormentada una acción visible.

Resignábase el marqués en presencia de lo irremediable. Sin embargo, el lamentable estado en que la muerte de su última hija ponía al más fiel al par que al más reciente de sus amigos, llegó á causar en él gran inquietud. Y temiendo, no sin motivo, por su razón, caso de prolongarse la penosa escena, inclinóse hacia Sed de Amor, y lentamente, gravemente, deslizó en su oído estas palabras :



— Caballero, hijo mío, esa niña está en el cielo. Supongo que no pretendéis disputársela á Dios...

Como si nada oyese, Bernardo estrechó aún más, sin responder, su trágico abrazo.

Dirigióse entonces el anciano hacia la puerta del vestibulo, tras de la cual, al abrirla, aparecieron las caras descompuestas de Juanola y de Fiamma. El señor de Villanueva dijo á esta última señalando al macabro grupo:

— Procurad, hijas mías, sed más elocuentes que yo, y salvad á ese desgraciado.

Una ojeada bastó á la protegida de Salem-Kebir para comprenderlo todo. Ella habia previsto lo que allí pasaba y no podía sorprenderse.

— Mucho os agradezco, señor, la confianza que me demostráis; — dijo. — Lo he salvado ya una vez y lo salvaré de nuevo, porque el destino de las criaturas debe cumplirse; el suyo no puede terminar aquí.

— ¿Qué piensas hacer? — preguntó tímidamente el marqués.

— ¡Escuchad!

Pronunciada esta palabra fué Fiamma á ocultarse en el fondo de la alcoba. De pronto, como si saliese de detrás de las cortinas, dejóse oír una voz, la propia voz de Divina la loca. Y aquella voz cantaba la misma triste melopea que ya otras muchas veces habia arrancado lágrimas á los más duros corazones. Pero esta vez la música se acompañaba de nuevos versos.

Si el implacable destino  
hoy de Solange te aleja,  
no al hado adverso te rindas,  
¡valor Bernardo! Recuerda  
que aun alienta la mudita,  
tu dulce hermana Glorieta...

Levantó el caballero la cabeza al oír las primeras notas, y miró en torno súyo, presa de la misma angustiosa crispación cardiaca que ya sintiera con anterioridad en dos ocasiones. Sin embargo, el nombre de su hermanita de adopción, de la gentil criatura de los ojos de zafiro, actuando de bálsamo soberano sobre su herida reciente, le permitió rehacerse en breves momentos.

Luego de mirar un instante con profunda atención el cadáver de Solange, púsose en pie de un salto. La crisis funesta habia pasado.

Fiamma, detentadora de un poder misterioso, acababa no precisamente de curar, pero sí de hacer más soportable el dolor del caballero, recordándole con oportunidad que Glorieta era el retrato de Solange, aunque una Solange más angelical, y que contemplando á la viva conseguiría no olvidar nunca á la muerta.

— ¿Dónde está el infame? — preguntó al ser de nuevo el hombre enérgico que siempre fuera.

El señor de Villanueva, deseoso de que la extraordinaria reacción del caballero no fuese pasajera, le contestó ambiguamente:

— Hijo mío, la víbora ha perdido su veneno. Ya la encontraremos más tarde y procuraremos aplastarla.



¿Quereis ayudarme ahora á colocar esta niña en su lecho?

Respetuosamente, con cuidados infinitos, tomaron entre ambos el cuerpo de la desdichada joven á quien la desobediencia á los consejos de su madre habia matado, y la instalaron en la cama.

Hecho esto, confió el gran marqués á Fiamma y á Juanola el cuidado de hacer á Solange su postrer toaleta y se llevó á Bernardo hasta la habitación inmediata.

— Joven, — le dijo — vais á escucharme sin interrumpirme. Creo llegada la hora de las resoluciones viriles. Lo que acaba de ocurrir aquí, lejos de impedirme realizar lo que me he propuesto, parece, por el contrario, como que me empuja para que precipite los acontecimientos. Si como quiero creer estáis conmigo, imitad mi ejemplo ¡cruz de Cristo! Mostrad que sois un hombre; imprimid en vuestro corazón el *as triplex* de que hablaba Horacio, y pensad que dando al honor la preferencia sobre la vida, Solange ha obrado cuerda-mente buscando la muerte antes de toparse con la deshonra hacia la cual corría ciegamente.

Esta frase, digna de Bruto, arrancó un suspiro al pecho de Bernardo.

— Veo que amabais á mi hija, — siguió diciendo el marqués; — si vuestra voluntad es de seguirla amando, os la devolveré...

— ¡Qué decís, señor!

— Digo que os la devolveré en la persona de una criatura admirable, que se encuentra ahora en com-

pañía de la marquesa, y que llevará el nombre de Villanueva... Si, por Dios vivo; no en vano he jurado adoptar á Glorieta.

— ¡Glorieta!

— Una criatura como no hay dos en el mundo. Una niña cuya sublime nobleza precisa buscar en su alma, y no en rancios pergaminos ni en la sangre de sus antepasados.

Hubo un momento de silencio. La evocación del semblante angelical de la mudita, aureolado de oro, emocionaba tanto al uno como al otro, aun cuando por distintos motivos.

Sin que él mismo pudiera impedirlo ni explicarse el porqué, el antiguo cautivo de Vincennes creía ver á Genoveva, su hija desaparecida, cada vez que, con la vista ó con el pensamiento, contemplaba el rostro de Glorieta, la gitanilla de los azules ojos. Y Bernardo por su parte veía revivir, idealizada, pensando en la muda, que era como una Solange menos altiva, más amante y acariciadora, su primera pasión verdaderamente seria.

Pocas palabras bastaron al gran marqués para poner al corriente á Bernardo de lo que por el momento habia decidido. Poner á la marquesa en conocimiento de la nueva desgracia que la hería, era de todo punto imposible, sin buscar previamente el modo de atenuar golpe tan rudo. Lo más acertado parecia esperar, para comunicarle la muerte de su hija, á que se produjera algún feliz acontecimiento, la noticia del cual podría contrabalancear el mal efecto de la otra noticia.

Quedó pues convenido que Bernardo permanecería



durante todo el día siguiente en el Priorato velando el cadáver de Solange, mientras que el marqués, montando Djaulia, iría á París en busca de una disolución de cloruro de zinc para practicar el embalsamamiento del cuerpo. después de cuya fúnebre ceremonia restituiríase definitivamente á la capital, caballero esta vez en Montjoie.

— Una recomendación, — advirtió el anciano. — Hoy mismo, á la caída de la tarde, nos encontraremos en el pabellón de los Peiragude, en mi hotel del arrabal San Germán. Procurad, hijo mío, ser puntual á la cita, porque el de Villanueva tiene que rehabilitar su nombre trabajando por la legitimidad del trono.

.....  
 Aquella noche, y sin duda por hallarse cerrada la casa de las miñonas, lo mismo que todos los demás establecimientos de placer, el Hotel de Epernon, situado entre los Viejos Agustinos y la calle Platrière, servía de sitio de reunión á buen golpe de gentileshombres y bellas damas de nuestro particular conocimiento.

El pretexto invocado para tal reunión era de los más plausibles. Cansado su majestad y previendo nuevas fatigas para el siguiente día, hubo de autorizar á todos sus cortesanos para que se retiraran en busca de reposo. Pero como la costumbre de las alegres reuniones no se pierde de la noche á la mañana, estos últimos concibieron la laudable idea de ir á alegrar por un rato la soledad de Maugirón, quien continuaba hospedado por el sentimental Juan Luis de Nogaret de la Valette, conde de Epernon.

Y como la misma idea había acudido á la mente de varios amigos, fácil nos hubiera sido encontrar reunidos en torno al lecho del miñón que perdiera su ojo en el Prado de los Clérigos, y precisamente á la hora misma en que terminaba en el Priorato del Cuenco la cena ofrecida por Rolando á su futuro suegro, á la mayor parte de los personajes que vimos, en las primeras páginas de este relato, rendir culto á Baco, á Venus y á Terpsicore en el gran salón de la casa de la Pulpa.

Hallábanse allí en efecto, entre los miñones de Valois, además del dueño de la casa y de su huésped herido, el duquesito de Joyeuse; Libarot, que lamentaba la pérdida de una oreja en el combate de la antevíspera; Quélus, Saint-Megrin, Francisco de O, y Juan du Gaz... Sí, lector, Juan du Gaz en persona, á quien sus amigos habían recogido insensible, como si se hallara embriagado, en los terrenos laborables de Santa Catalina. El hombre, preciso es confesarlo, había cambiado no poco como consecuencia de su extraña aventura, y lo encontramos de nuevo silencioso, casi insensible, como embrutecido.

La verdad es que no había para menos. El hombre á quien se hace absorber una buena dosis de rubdira mandab paseándolo enseguida durante veinticuatro horas envuelto entre harapos primero y cosido después en la piel de un perro; el hombre que en tal guisa gusta de los honores de las horcas de justicia y sirve después de sujeto pasivo para las experiencias sucesivas de tres brujos evocadores, no puede pocas horas después, hallarse muy presentable.



De los miñones de Guisa, solo cuatro se encontraban en la reunión: Mercœur, Chicot, Riberac y Schomberg. Estos dos últimos, que como ya sabemos, habían tomado parte en el rapto de Yannie de Goulaine, hubieran podido explicar el porqué de la ausencia de Entraguet, ausencia que fué muy comentada; pero como es natural se guardaron bien de hablar de la aventura que la motivaba, por hallarse allí presente el marqués de O, yerno del señor de Villequier.

No extrañe el lector que le presentemos reunidos de nuevo los miñones de ambos bandos rivales. En aquellos benditos tiempos en que se iba diariamente al terreno del honor como á la sala de baile, era de buen tono no demostrar resentimiento alguno contra los rivales de un momento, y se afectaba por el contrario la más refinada urbanidad para con ellos, sin perjuicio de enredarse otra vez á estocadas al siguiente día con cualquier pretexto, y aun á veces sin pretexto alguno.

Digamos aún que entre los demás contertulios se hallaban la condesa Ayela de Givors, las señoritas de Limeuil y de Saint-Remy, y miss Huming, la inglesa.

La primera parecía conservar aún en el fondo de sus pupilas el lánguido recuerdo de su reciente conversación con Sed de Amor. Las otras dos bromeaban como colegialas, bendiciendo la misantropía que desde su última visita al Luvre devoraba á Catalina de Médicis, gracias á la cual habían podido ambas escaparse aquella noche del Hotel de Soissons. Cuanto á la inglesa, luego de ayudar al rapto de la señorita de

Villanueva, hubo de juzgar prudente el ponerse á buena distancia de la marquesa María.

Habíase comido un poco, cortejado ligeramente, bebido bastante y hablado mucho y muy mal de los ausentes.

En el momento en que llevamos al lector hasta donde se hallan nuestros interesantes personajes acababan éstos de comentar las numerosas noticias del día, y cada cual había emitido su parecer sobre los funerales del ojo de Maugiron, sobre la desaparición incomprendible del Canciller, sobre las rigurosas vejaciones que amenazaban con una sublevación de parte de los descontentos, sobre el último capricho del rey que pretendía ser recibido por los concejales, no en su casa de los pilares, sino en la torre de Nesle, y todos aquellos alegres jóvenes reían hasta de las cosas menos risibles sin parar mientes en la molestia que podían ocasionar al herido, aún dominado por la fiebre.

— Señores míos, — dijo Chicot — que haya ó no orgía en la torre, cosa es que veremos más tarde; lo que no se vé por ninguna parte es la presencia de ese joven caballero de mérito que desfloró el rostro de Maugirón...

— Desorejó á Libarot, — interrumpió Mercœur.

— Y mató á du Gaz; — completó Riberac.

— Señores, — dijo de Epernon — du Gaz está aquí y podrá deciros que él no ha sido muerto por nadie, sino embrujado. Y á este propósito, yo acuso á vuestro caballero de haber hecho uso de un arma tomada de la panoplia de Merlin el brujo.



El vizconde de Arque dijo á su vez con sorna :

— En todo caso esa arma no ha conseguido imantar las picas de nuestros sargentos del Prevostazgo.

— ¿Qué quiere decir eso?

— Pues es muy sencillo; que el caballero en cuestión se ha dejado prender por los arqueros.

— ¿Dónde?

— En el muelle del heno, después que hubo incendiado buen número de barcazas cargadas.

— ¡Ja, ja, ja! — intervino Chicot. — Así se escribe la historia. El incendiario ese no es el caballero, sino un bandido que todo el mundo conoce...

— A propósito; — dijo Jacobo de Levis; — ¿no has reparado que tu caballero se parece mucho, pero mucho á nuestro Nemours?

— Sí; — contestó Chicot; — como tú, por tu parte, debes haber notado que monseñor Rolando es el vivo retrato de Sed de Sangre.

— ¿Y qué? Precisamente ese deplorable parecido de nuestro amigo con un canalla ha sido causa de que al fin se haya podido reconocer á ese bandido. Y ahora, dime : ¿no se conoce á tu caballero con el sobrenombre de Sed de Amor?

— Es muy posible.

— Pues sabe de una vez, amable Chicot, que Sed de Amor y Sed de Sangre, aunque parecen dos hombres distintos, no son más que un solo malhechor verdadero. El señor de Estouteville ha prestado un gran servicio encerrando en el gran Chatelet á ese individuo cuyo proceso será instruido enseguida.

Hubiérase dicho que Chicot se achicaba, como impresionado por la afirmación de su contradictor; pero se rehizo enseguida, y replicó con una frase contundente :

— El gran Prevoste no puede haber cometido semejante error. Confundiendo la víctima con el verdugo cubriríase de ridículo.

Esto equivalía á acusar al favorito del rey; era una nueva provocación.

Así lo comprendió de Epernon, quien se adelantaba ya dispuesto á desafiar á Chicot, cuando un criado, abriendo la puerta de par en par, anunció con voz solemne :

— ¡El señor gran Prevoste!

Tal anuncio causó un efecto maravilloso. La inesperada visita del primer magistrado del orden judicial del reino, debía sorprender, como es natural á los gentileshombres y á sus compañeras, llegando hasta á inquietar á algunos de ellos que no ignoraban que la cortesía, más profesional que mundana, del Prevoste de París, iba muchas veces seguida de detenciones sensacionales.

Cuando el magistrado penetró en el cuarto de Mauvirón, levantáronse todos los allí presentes y saludaron con frialdad; el dueño de la casa fué el único que se adelantó como para recibirle.

— Permitid, — dijo el señor de Estouteville estrechando la mano de de Epernon — que os ofrezca mis excusas, querido conde, si vengo á turbar vuestra velada humanitaria. A juzgar por la seriedad de los



semblantes que veo á mi alrededor — añadió entre irónico y confuso — el señor de Maugirón debe estar muy malo... A no ser que haya yo tenido la poca habilidad de interrumpir conversaciones que no pueden ni deben llegar á oídos de un magistrado...

— Nada de eso, señor; — contestó de Epernon sonriente. — Afortunadamente ambas hipótesis carecen de fundamento. Pero hacedme la merced de sentaros, y sepa yo que es lo que me vale el honor de vuestra visita.

El gran Prevoste se sentó, deferente, en un cojín colocado en el centro del cuarteto femenino.

— Ante todo, — dijo luego de besar galantemente la muñeca de sus vecinas — es preciso que excuséis mi incorrección. Sé que debí anunciaros mi visita, y obtener para ella vuestro permiso. Si no lo hice así, débese al rigor de las órdenes que me han sido comunicadas para esta noche.

Oír estas palabras y alargarse todos los semblantes, fué casi una misma cosa. En el cerebro de cada uno de los allí presentes brotó la idea de que el Hotel podía muy bien hallarse rodeado en aquel momento mismo por los arqueros del digno señor Prevoste.

Por fortuna éste tranquilizó enseguida los ánimos con las siguientes palabras :

— Pero tengo la satisfacción de haberlas cumplido sin que se produzca el menor incidente. Más aún : gracias á la intervención de uno de vuestros amigos he tenido la suerte de capturar, sin efusión de sangre, á un famoso bandido que parecía haber hecho pacto con el

diablo á juzgar por las muchas veces que se nos fué de entre las manos.

— Decís que uno de nuestros amigos... ¿puede saberse quién? — preguntó de Epernon.

— Sin duda alguna. Me he referido al primer gentil-hombre de la cámara.

— ¿Rolando de Saboya-Nemours?

— El mismo. Y si estoy aquí en este momento es porque me rogó que viniese á buscarle en esta casa. De ahí que me contrarie no poco su ausencia, que, la verdad, no acierto á explicarme.

— Según eso, — dijo una voz — no es al duque á quien habéis detenido.

El gran Prevoste hizo un movimiento de extrañeza.

— ¿Detener yo al duque? — dijo. — Supongo, señores, que se trata de una broma...

— Es que en el preciso momento en que os anunciaron, Chicot pretendía hacernos creer...

— Ah, vamos, ¿se trata del señor Chicot? Pues ya saben todos los presentes á qué atenerse; gasconada tenemos.

— Y de las de grueso calibre. Figuraos que pretendía hacernos creer que habríais podido confundir al noble duque con el bandido arrestado.

De Estouteville movió ligeramente la cabeza.

— Pues la verdad, señores, — dijo, — es que tal confusión resultaba muy posible. El duque y el bandido estaban vestidos de idéntico modo; y como por otra parte se parecen mucho... Precisamente porque le molestaba ya demasiado el verse confundido con tan



poco interesante personaje es por lo que el duque en persona se ha apoderado de ese criminal poniéndolo en las manos de nuestros hombres.

Estas palabras provocaron una explosión de entusiasmo.

— ¡Bravo! ¡Bravo! — gritaron en coro los miñones de Valois. — El hacha del verdugo vengará á Maugirón y nos librárá para siempre de ese endiablado Sed de Amor.

Ayela de Givors se estremeció, é interiormente hubo de preguntarse si tendría la desgracia de haberse entregado y confiado inútilmente al joven aventurero.

Los partidarios del de Guisa permanecían silenciosos. Ausente Carlos de Entragues, nadie se atrevía á garantizar la perfecta honorabilidad del caballero. Nadie conocía en realidad los antecedentes del mismo. De él sabíase que era bravo hasta la temeridad, inverosímilmente diestro en el manejo de la espada, y que se había introducido entre ellos, miñones, diciéndose caballeresco amparador de débiles y oprimidos. Pero esta etiqueta, después de todo, podía ser falsa: un simple ardid de guerra. ¿No se había dicho además gentilhombre? Consultado el blasón por sus nuevos amigos, éstos no habían encontrado en él el nombre de Arma. Había pues motivos para dudar.

El gran Prevoste preguntó:

— ¿Sed de Amor? ¿Quién es ese personaje?

— ¿Quién ha de ser, señor Prevoste? Vuestro prisionero. Habéis dado un buen golpe, justo es confesarlo: golpe doble si se quiere, puesto que Sed de

Amor es Sed de Sangre, y ambos son á su vez Bernardo de Arma y el entuertador de Maugirón. Sí, señor Prevoste; el bandido terror de los parisienses y el aventurero cuya cabeza ha puesto á precio el rey nuestro señor son una sola persona.

— ¿Estáis seguro de ello?

— Por mi parte no lo estoy; — declaró francamente Joyeuse. — Yo he reconocido perfectamente á ese joven caballero que ayer mismo por la mañana en la esquina de la calle de San Pablo libró á su majestad del poder de los truhanes. Un deber de justicia me obliga á declarar que es nuestro adversario del Prado de los Clérigos. Lo que no acierto á comprender es porqué se eclipsó enseguida.

— Si Sed de Sangre hubiese realizado acto de tal magnitud, — dijo Felipe Manuel de Lorena, — habríase apresurado á dirigirse á mi hermana solicitando, como recompensa, la amnistía para sus delitos.

El silencio que siguió á estas palabras del duque de Mercœur, cuya hermana, Luisa de Vaudemont Lorena era, como es sabido, esposa de Enrique III, fué interrumpido por Ayela de Givors. La hermosa condesita preguntó:

— ¿Qué hora sería, señor gran Prevoste, cuando habéis capturado á ese bandido?

— A la caída de la tarde, señora; poco rato después de que el prevoste de los mercaderes anunciase al pueblo reunido en la plaza de la Greve que la fiesta de la noche próxima se celebrará en la torre de Nesle.



— En tal caso, la duda no es posible. Vuestro prisionero no es el caballero de Arma.

— ¿Sería indiscreto preguntaros lo que motiva vuestra convicción?

— De ningún modo. Sabed pues que yo esperaba á mi amante á cosa de las ocho y media. A esa hora llegó, ó por lo menos así hubo de parecerme, y me conduje con el que llegaba como me habría conducido con el hombre á quien pertenezco : al encender luz para alumbrar su camino al marcharse fué cuando me percaté de mi error. Me quedé, como es lógico, petrificada. El hombre á quien acababa de entregarme, llevaba un sombrero diferente del del duque; además, sus cabellos no caían en mecha sobre la frente... En fin, que aunque parecidísimo al duque, no era sin embargo Rolando...

Tan extraordinaria confianza produjo entre los circunstantes el efecto más estupendo.

— La justicia, señora, — aseguró el magistrado — os agradece en lo mucho que vale vuestra declaración, tanto más cuanto que para prestarla habéis debido violentar vuestro natural pudor. Por lo que á mí hace, he examinado detenidamente el rostro de mi prisionero, y puedo aseguraros que parte de su frente aparece oculta por una mecha de cabellos como esa de que hablabais ahora mismo.

— ¡El Señor nos valga! — rugió Chicot. — Queda pues demostrado que Nemours, convicto de asesinato, de robo y de bandidaje, se halla á estas horas en los calabozos del Chatelet.

Estas palabras provocaron un nuevo tumulto, todo el mundo gritaba, sin preocuparse para nada de la fiebre que parecía consumir al herido. La voz de miss Huming dominó un momento el tumulto.

— ¡No, no! — gritaba la inglesa. — Me consta al contrario que el hermoso duque se halla libre.

— ¿Podéis probarlo? — preguntó alguien.

La inglesa entornó púdicamente los ojos y balbuceó estas palabras :

— No hace aún mucho tiempo, deseando refrescarme un poco y pensar á mis anchas en la soledad y frescura del parque de los Villanueva-Marsan, bajé á él y me quedé así, como dormida. Lo que pasó luego es de lo que no puede decirse, y os agradecería que no me obligaréis á publicar ..

— ¿Que te despertó el amor? — preguntó maliciosamente Quelus. — ¡Pero si no hay nada más natural !

— No es eso : — continuó diciendo la inocente insular. — No es eso : quise decir que al salir de mi letargo — sonaban entonces las nueve en el campanario de la Abadía de San German — me encontré entre los brazos del señor de Nemours ..

— ¡Mientes, mala pécora! — rugió una voz formidable que obligó á Maugirón á estremecerse bajo las sábanas, mientras que miñones y miñonas se levantaban para aclamar al recién llegado, y que Chicot, el futuro bufón, murmuraba en la calma de la sorpresa :

— ¡Cuerpo de Cristo, Nemours! ¿Quién es pues el imbécil que se ha dejado prender en su lugar?



El que acababa de entrar era en efecto el duque Rolando.

Luego de haber muerto, — involuntariamente como sabemos, — á la que durante breve tiempo fuera su prometida, y despejado por completo de su embriaguez, aprovechó, para huir, la consternación en que la desgracia ocurrida á Solange sumió á sus adversarios.

Corrió sin detenerse hasta la cuadra, animado del deseo de llamar á sus bohemios y ordenarles la matanza de cuantos en aquel momento se encontraban en el Priorato, y prender fuego á éste enseguida para borrar en lo posible las huellas del crimen; pero, por desgracia para él, el alcohol generosamente distribuido por Fiamma había convertido á sus hombres en masas inertes, por lo que hubo de renunciar á su sanguinario proyecto y ver de ponerse solo en salvo lo antes posible.

Sacó pues de la cuadra á su caballo llevándolo hasta el lanchón, y armando los remos, atravesó en pocos segundos el brazo del Sena.

Mientras al galope de su caballo corría hacia Paris, pensaba Rolando en la labor ciclópea realizada por Phtah Mansour.

¿Cómo pudo la errante egipcia concebir el audaz proyecto de la substitución la más irrealizable, y cómo, sobre todo, pudo llevarlo á buen término?

Por virtud de sus maleficios y de su infernal sapiencia había conseguido hacer de él, de Landro, del bandido sanguinario y salteador de caminos, un conde, un duque reconocido por el Parlamento, y una persona

grata á la reina madre, quien se proponía consolidar su situación, adquirida en virtud de una superchería, aliándolo á la más rica heredera del reino.

Y he aquí que una estocada, al desviarse de su camino, acababa de reducir á la nada veinte años de hipócritas y perseverantes trabajos de aproximación. Solange había muerto, y él mismo hubo de llevar su fanfarronada hasta el punto de desenmascarse.

Ahogado por la cólera, y comprendiendo que ninguna fuerza humana sería bastante á restablecer el equilibrio de la mentira destruida, hundía las espuelas en el vientre de su montura, y juraba entre dientes como un condenado.

Precisábale salir del atolladero en que se había metido, desafiar la tempestad que cerníase sobre su cabeza, y combatir, ahora más que nunca, sin declararse vencido, puesto que había dos hombres, el gran marqués, un condenado político, y Bernardo de Arma, un aventurero perseguido por el Prevostazgo, que tenían conocimiento de su identidad y que era de suponer que se apresurarían á denunciarle.

¿Cómo evitar esta temible contingencia? ¿Cómo recobrar su rango, y hacer un trampolín de sus adversarios para saltar más alto aún, tan alto esta vez que nadie pudiese llegar hasta él, ni aun al precio del mayor esfuerzo?

Algo debió ocurrírsele con este propósito relacionado, por cuanto al salir del bosque de Rouvray hubiera podido oírsele rezongar:

— La noche próxima debe ir el rey á mostrar á los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

30109



ediles sus talentos de bailarina, y ese fantoche ha escogido la torre de Nesle como teatro de su grotesca exhibición. Bien está. Daré el golpe en la torre de Nesle. Si Guisa quiere darme carta blanca, si gusta, como me parece, de que los demás le saquen las castañas del fuego, esta misma noche me apodero de Valois, y como hay Dios que se lo llevo á la duquesa de Montpensier cuyas tijeras de oro servirán al fin para algo... Entonces Enrique de Guisa me lo deberá todo, y claro es que yo me cuidaré de reclamar al nuevo rey mi recompensa. ¿Cuál? Ya pensaré en ello.

Animado un tanto por esta esperanza, volvió hacia la izquierda, atravesó el Roule, y se hizo abrir la puerta San Honorato no sin anunciar previamente su nombre y cualidades.

— ¡Y yo que no me acordaba ya del bueno de Estouteville! — dijo de pronto. — El hombre debe esperarme en casa de de Epernon... Vamos allá. Un estorbo hay en mi camino, — murmuró reanudando sus reflexiones — y ese estorbo es Neré, mi querido hermano. Neré no ha entendido nunca mi modo de proceder. Mi hermanito es hombre de escrúpulos : un alma sensible. La vista de los instrumentos de tortura, caballetes ó embudos, bastaría para soltarle la lengua, para hacerle vender el secreto de nuestra doble existencia. Hay que impedir eso á toda costa. Es preciso que yo pueda estar solo aunque no sea más que un instante, con mi pusilánime gemelo. Cómo conseguir... ¡Bah! El buen de Estouteville no es un lince que digamos. Le pediré un pase para el Chatelet diciéndole

que es para... un fraile, eso es, para un buen confesor, encargado de una misión de paz cerca del culpable Sed de Sangre. Caso de que el Prevoste se asuste de mi petición, le haré observar que con una botella de lo añejo vencerá después los escrúpulos del buen padre, y le será posible enterarse en absoluto de todos los pecadillos de su prisionero.

Pensando aún en esto hizo el duque Rolando su entrada en el Hotel de Epernon, donde fué acogido como queda dicho. Apenas transcurrido un cuarto de hora, salió de nuevo, después de conferenciar particularmente con el Prevoste de París.

Éste habiale concedido, sin dificultad, la deseada autorización.